

HACIA LA CORDURA

Cuando se practique un estudio imparcial y sereno de la administración Ibañez, tal vez el futuro historiador clasifique como una de las peores consecuencias que ella produjo la pérdida de nuestros antiguos hábitos de sobriedad en las costumbres y de parcidad en los gastos, que tuvimos la fortuna de heredar, y que fueron reemplazados, bajo el impulso renovador de ese régimen, por la fiebre de comodidades de todo orden y por el derroche sin tasa ni medida de nuestros escasos bienes.

Desde ese tiempo puede decirse que ha adquirido gravedad este afán de llevar un tren de vida que está muy lejos de corresponder a las posibilidades de nuestra riqueza. Nos convencimos con facilidad y agrado que éramos un país rico, en circunstancias que la holgura económica que se palpaba se debía exclusivamente a la cantidad fabulosa de capital extranjero que acudía a cubrir nuestros empréstitos externos hasta que se agotó el crédito nacional. Fué, pues, al contacto de esa corriente artificial de oro, que se infiltró entre nuestros conciudadanos la falsa creencia de que habitaban un país rico, provisto de una fuente ilimitada de recursos, cuando la verdad es muy diversa, ya que, si es cierto que se esconden valiosos tesoros en las entrañas de nuestra tierra, no es menos efectivo que no contamos con la población necesaria para explotarlos ni menos con el capital indispensable para hacerle en grande escala, en una forma realmente productiva y compensadora. El vigor de nuestra economía se encontrará, al revés precisamente cuando, junto con una inteligente política poblacionista, logremos constituir el capital verdadero y propiamente nacional, y podamos así, en las energías que emergen de las posibilidades nacionales, lanzarnos a grandes empresas extractivas y fabriles que dejen en nuestro mismo suelo su provechoso resultado.

Los días angustiosos que atravesamos en 1931/1932 fueron un llamado providencial a la cordura, que tuvimos forzosamente que oír mientras la crisis nos sumía en lo más hondo de la depresión y de la miseria. En este período fuimos otra vez capaces de reducir nuestros gastos y de adaptarlos a nuestras entradas, fuertemente disminuidas. Supimos revivir por algún tiempo el antiguo carácter chileno de sencillez en el modo de existencia y de economía en la preparación de los presupuestos particulares y públicos.

Nuevamente hemos echado hoy al olvido esas sanas tradiciones que constituyeron el haber nacional en el pasado siglo. Al amparo de una prosperidad innegable, pero cuya duración y solidez todavía no se pueden apreciar, volvemos a cometer los errores que provocaron en parte apreciable la crisis que acabamos de sufrir. Una observación superficial basta para demostrarlo. Automóviles flamantes, adquiridos a altísimo precio, transitan por las avenidas y se detienen a las puertas de las casas; el lujo, más costoso que nunca debido al descenso monetario y a las medidas tomadas para restringirlo, se extiende, sin embargo; una vida agitada de entretenimientos y paseos de toda especie entretienen a la gente adinerada y la hacen respirar un ambiente perjudicial y falso. Adquisiciones que no corresponden a los recursos van acumulando compromisos y deudas en lugar de preparar mejores posibilidades para el porvenir. Es, al respecto, un síntoma convincente la boga que ha tomado otra vez el método de ventas a plazo, cuya generalización, junto a ventajas innegables, produce también funestas consecuencias en el campo económico.

En todo se nota, principalmente en la capital, este prurito de placer y de grandezas. El barrio cívico, otrora tan criticado, se va realizando punto por punto. La construcción, en lugar de extender la habitación saludable y barata, se dedica a levantar palacios de costo fabuloso cuyos departamentos más modestos cubren todo el presupuesto familiar ordinario de quienes pueden ocuparlos.

Y, naturalmente, en esta sed de bienestar material y de goces de toda índole, el juego en sus más diversas formas, loterías, pollas, ruletas, cartas, especulación bursátil, etc. toma colosal desarrollo y acostumbra a confiar la obtención de dinero a fáciles y rápidas ganancias y no al trabajo perseverante y duro.

Este derroche de nuestros pobres recursos no corresponde a las posibilidades de la fortuna nacional; por él no llegaremos nunca a la constitución del capital chileno, que necesitamos con suma urgencia. El desarrollo desmesurado de Santiago constituye una injusticia para las tristes ciudades provincianas, sumidas en sus antiquísimas edificaciones que corren a lo largo de sus calles polvorientas y vacías de perspectiva y de belleza. Distraer en el lujo y en el placer el dinero que debe consagrarse a fines realmente productivos, constituye un atentado a la economía nacional anémica. Y este sistema de vida importa, sobre todo, una grave injusticia social, porque mientras una minoría se da toda

las satisfacciones imaginables, la inmensa mayoría de la población se debate siempre en la más extrema pobreza: el costo de vida ha subido apreciablemente; la habitación para la gente media e inferior se hace cada vez más cara; los gastos de vestido han ascendido en forma extraordinaria; y los sueldos no corresponden, por una parte, al costo de la vida, ni por la otra, la mayoría de las veces, a las ganancias de los empleadores.

En bien de la economía del país y por exigirle la justicia social, es urgente, pues, reaccionar. Reaccionar hacia nuestras antiguas cualidades de parsimonia en los gastos y moralidad en las costumbres. En el fondo, en todo problema el remedio está siempre en la práctica de las virtudes cristianas porque quien las observa sabe emplear el dinero en su verdadero objetivo, que es la satisfacción de las legítimas necesidades terrenas.



PATRIMONIO UC